ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

LA SEÑÁ CONDESA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Representado por primera vez
en el Teatro LARA el día 6 de Octubre de 1886



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1886

LA SEÑÁ CONDESA

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

LA SEÑÁ CONDESA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Representado por primera vez
en el Teatro LARA el día 6 de Octubre de 1886



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1886

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Carmen.............	*Sra. Valverde.*
Amalia.....................	*Srta. Pardo.*
Felipe.....................	*Sres. Zamacóis.*
D. Gregorio................	› *Tamayo.*

La acción en un pueblo de Castilla.—Época actual

MADRID, 1886.—Imp. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.°

ACTO ÚNICO

Decoración de sala decente. Puerta al foro y laterales. Una mesa á la izquierda
Un baúl mundo junto al foro.

ESCENA PRIMERA

GREGORIO *y* AMALIA. *Durante toda la escena se ocupan en sacar del baúl libros, papeles, ropa, según lo indique el diálogo.* AMALIA *entra y sale á dejar las prendas por la primera derecha*

GREG. ¡Todo lo trae hecho un lío!
AMALIA. ¡Jesús! ¡Y cómo lo tiene!
GREG. Anda, á ver si cuando viene
se encuentra el baúl vacío,
y verás tú qué sorpresa
cuando lo vea ordenado
cada cosa por su lado
en la alcoba y en la mesa.
De seguro ese gandul
no manda el baúl, si sabe
que tenemos una llave
que sirve para el baúl.
AMALIA. ¡Es claro! Como que estamos
registrándoselo todo.
GREG. ¡Qué barbaridad! ¡Qué modo
de romper!... Aprisa... vamos...
¡Que siempre que viene á casa
se ha de permitir entrar
un momento á saludar
á su tía Nicolasa!

Y si me quejo y le chillo
me dice que no haga caso,
que es que le coge de paso.
¡De paso! ¡No está mal pillo!

AMALIA. Y será cierto.

GREG. ¡Ya, ya!
Si no tuviera su tía
dos muchachas, él vendría
primero á ver á papá.
Pero oye, chica, ¿no notas
que trae tu hermano una tienda
de puños, y ni una prenda
de vestir? Nada... ¡ni botas!

AMALIA. Aquí hay un chaleco.

GREG. ¿A ver?
¡Ni una costura completa!

AMALIA. Acaso traiga maleta.

GREG. Muy grande tiene que ser.

AMALIA. Y diga usté, padre, ¿dónde
pongo estos libros?

GREG. (*Por la mesa.*) Ahí.

AMALIA. Este es muy bonito.

GREG. ¿Sí?

AMALIA. «Biblioteca *Demi-monde.*»

GREG. ¡Una mujer descotada!
No se te ocurra mirar.
(Por aquí debe estudiar
mi chico higiene privada.)
¡Y cuidado con que cojas
esos libros!

AMALIA. No lo haré.
Aquí hay otro, mire usté;
no tiene abiertas las hojas.

GREG. ¿A ver qué es?

AMALIA. Anatomía.
¡También con grabados!

GREG. ¿Sí?
Pues anda, déjalo ahí,
que eso es peor todavía.
(¡Conque sin haber abierto
las hojas dice que ya

está aprobado!... Él vendrá
y lo sabremos de cierto.)
¡Diantre! ¡Y cómo se entretiene!
Yo diré á las primas hoy
lo que es bueno. Mira, voy
al balcón á ver si viene. (*Segunda izquierda.*)

ESCENA II

AMALIA

También yo tengo una gana
de que diga el caballero
por qué se ha de ver primero
á las primas que á la hermana...
Pero el hombre ¿qué ha de hacer,
si me le tendrán sujeto
esa Paz y esa Loreto
que se lo quieren comer?
Ea, ya tiene mi hermano
arreglada la jaulita,
por si acaso necesita
estudiar este verano.

ESCENA III

AMALIA *y* FELIPE. *Luego* GREGORIO

FELIPE. (*Dentro.*) ¡Amalia!... ¡Padre!...
AMALIA. ¡Aquí está!
¡Felipe!
FELIPE. Abrázame, hermosa.
¡Cómo has crecido!
AMALIA. No es cosa.
Tú tambien. ¡Padre!
GREG. (*Dentro.*) Allá va.
FELIPE. ¡Padre!
GREG. Abrázame, muchacho.
Acababa de subir

ahora á verte venir
desde el balcón del despacho.
(¡Ves como no trae maleta!) (*A* AMALIA.)
Tendrás ganas de almorzar. (*A* FELIPE.)
(*A* AMALIA.) Anda, vete, y di á Pilar
que prepare una chuleta.
(*Vase* AMALIA *foro izquierda.*)

ESCENA IV

FELIPE *y* GREGORIO. *Al fin* AMALIA

FELIPE. ¿He tardado? Aquella gente
tiene la culpa.
GREG. Entendido.
Y, vamos, ¿qué tal te ha ido
por allá?
FELIPE. Perfectamente.
¿Aquí bien todos?
GREG. Muy bien.
Tú traes mala cara.
FELIPE. No.
Será por el sueño. Yo
no duermo nunca en el tren.
GREG. ¡Si se tardan de allá á aquí
cuatro horas! ¿Te desmejoras
si no duermes en cuatro horas?
FELIPE. Mucho.
GREG. Pues más vale así.
FELIPE. Pues ¿de qué había de ser?
GREG. Es que, por miedo, podías
mentir en lo que decías
en tu carta de anteayer.
FELIPE. Padre, por Dios...
GREG. Si lo hicieras
harías una bobada.
Ya sabes tú que por nada
me incomodo yo de veras;
y no te iba á echar de casa

si hubieras venido á oscuras
en un par de asignaturas...
Eso á cualquiera le pasa.

FELIPE. Pues no ha pasado. ¡Qué afán
de que mienta porque sí!
Justamente traigo aquí
las papeletas. Ahí van.
A ver si son buen testigo.
«Segundo de anatomía:
Bueno.»

GREG. Bien.

FELIPE. «Patología
general:» Lo mismo digo.

GREG. Bueno, bueno.

FELIPE. Sí; dos buenos.

GREG. ¿Y por qué te guardas esa?

FELIPE. Porque esta tiene sorpresa.

GREG. ¿Notable?

FELIPE. Ni más ni menos.
¡Si valgo yo más pesetas!...

GREG. ¡Y yo dudaba de ti!
¡Eres una alhaja!

FELIPE. (Sí;
para raspar papeletas.)

GREG. Veo que te has enmendado.

FELIPE. (Y también ellas.)

GREG. Se ve
que has estudiado.

FELIPE. ¡Si usté
supiera lo que he estudiado!
Siempre con la cuerda al cuello,
y siempre de Zeca en Meca;
de clase á la biblioteca...

GREG. (*Demi-monde*; estoy en ello.)
Así me gusta. ¿Y qué tal
en los exámenes?

FELIPE. ¡Oh!

GREG. ¿Te has aturdido?

FELIPE. ¿Quién? ¿Yo?
Me conoce usté muy mal.
¡No tiemblo al pasar el trago!

¡Buena bobada sería!
Me tocó en anatomía
describir el nervio vago;
y ¡claro! no necesito
jurar que dije en seguida
cuanto se ha escrito en la vida,
y mucho que no se ha escrito.

GREG. Bien; pero vamos á ver:
¿cómo me vas á explicar
que ocupado en estudiar,
cumpliendo con tu deber,
resulte, al echar la cuenta,
que en este curso has gastado
doble que el año pasado?

FELIPE. Será porque usted lo aumenta.
Y si fuera cierto, usté
tiene la culpa.

GREG. ¿Yo?

FELIPE. Sí;
porque usted me dijo aquí,
el día que me marché:
«Felipe; no te encanalles,
»que son lugares malditos
»las tabernas, los garitos,
»y los cafés y las calles.»
Yo seguí prudentemente
consejo tan acertado,
y este curso me he portado
como persona decente.

GREG. Pero no hay necesidad
de derrochar sin sentir.

FELIPE. Cuesta muy caro vivir
en la buena sociedad.
Hoy un pantalón inglés;
luego un sombrero de copa...
Yo he gastado, sólo en ropa,
más de mil reales al mes.
¡Toma! Y eso que no peco
de elegante y atildado.

GREG. (Vamos; es que le ha costado
mil pesetas el chaleco.)

Pues hijo con esa gracia
me has hecho vaciar la hucha.

FELIPE. Pero me trato con mucha
gente de la aristocracia.

GREG. ¿Pues cómo dice Vicente,
el hijo de don Matías,
que pasas todos los días
por Lavapiés?

FELIPE. Justamente;
á visitar á un Marqués.

GREG. ¡Hombre!

FELIPE. Cambios de la moda.
¡Ahora vive casi toda
la grandeza en Lavapiés.

AMALIA. (*Saliendo.*) Ya ha despachado Pilar.
Cuando quieras.

FELIPE. Al instante.

GREG. ¿Hay apetito? ¡Ah, tunante!
Otro abrazo, y á almorzar.
(*Vanse* FELIPE *y* AMALIA.)

ESCENA V

GREGORIO

¡Este muchacho es un pillo!
¡Caracoles! ¡Cómo sabe
hacer el papel! Lo grave
es que me ataca al bolsillo.
No es extraño; también yo,
de estudiante, no me andaba
con repulgos, y gastaba
lo que había, y se acabó.
¿Conque un *notable* y dos *buenos*?
¡Psch! Para salir del paso
es bastante. Yo, en su caso,
me contentaba con menos.
El chico arregla sus tretas
bien, pero yo no soy romo.
¡Me vendrá él á decir cómo
se raspan las papeletas!

ESCENA VI

GREGORIO *y* AMALIA. *En seguida* CARMEN

AMALIA. Una mujer forastera
que pregunta por mi hermano.
GREG. ¿Una mujer? ¡Hola, hola!
¡Esto le falta al muchacho!
¿Qué ha dicho?
AMALIA. Que si está aquí.
GREG. Pues dila que entre. (*Vase* AMALIA.)
Veamos.
CARMEN. Buenos días.
GREG. Buenos días.
CARMEN. Yo buena; ¿y usté?
GREG. Tirando.
¿Quiere usté sentarse?
CARMEN. Gracias.
GREG. (¡Caramba! ¡Qué desparpajo!
¡Y qué excelente persona!)
CARMEN. Diga usted: ¿usté es el amo
de casa?
GREG. Yo... no, señora.
También le estoy esperando.
CARMEN. Bueno; pues le esperaremos.
GREG. Y yo seré muy honrado.
CARMEN. Y yo también soy honrada.
GREG. Ya lo supongo.
CARMEN. ¡Pues claro!
GREG. ¿Usté es de aquí?
CARMEN. ¡Yo de pueblo!
¡Hombre, yo pico más alto!
GREG. ¡Ah! ¿De Madrid?
CARMEN. Sí, señor;
nacida en mitá del Rastro
como quien dice, y criada
en la calle del Amparo
para mayor ignominia.

GREG. ¿Cómo ignominia?
CARMEN. Sí, vamos;
para más honra.
GREG. Entendido.
¿Y viene usté á tratar algo
con el dueño de esta casa?
CARMEN. ¿Con el dueño? No le trato,
ni ganas. El señorito
es el que vengo buscando.
GREG. Vamos; cuestión de intereses.
CARMEN. Por Dios, hombre, usté está malo,
ó me ha tomado por otra.
GREG. Nada tendría de extraño
que fuera usté su patrona,
por ejemplo; y los muchachos
ya sabe usté lo que son;
suelen no pagar...
CARMEN. ¿Qué diablos
me importa á mí que no paguen?
Yo no soy patrona, ¿estamos?
Ni lo seré, si Dios quiere,
porque yo no me rebajo...
Yo vendo fresco en la calle
de Lavapiés.
GREG. (¡Ah! ¡Canastos!
Aquí está la aristocracia
que visitaba este zángano.)
CARMEN. Y he venido, porque sí;
porque yo veo muy largo,
y á mí no me la da nadie,
y el chico es un mamarracho,
y hace tres meses y medio,
ó mejor dicho, hace cuatro
que estamos en relaciones,
y lo sabe todo el barrio.
GREG. ¡Ah, pillo!
CARMEN. ¡Que usté lo diga!
Y ayer me dijo: «Te aguardo
en el café del Vapor
á las doce menos cuarto,
pa que tomes lo que quieras.»

GREG. ¡Caracoles!

CARMEN. No los gasto,
porque es comida de gente
sin educación; ¿estamos?

GREG. ¿Y fué?

CARMEN. ¡Qué había de ir!
Un compañero de cuarto,
que así se muera esta noche,
me dijo:—«¿Estás esperando
á tu Felipe?»—«Cabal.»
—«Pues ya tienes para rato.»
—«No se me importa que tarde.»
—«Es que va á tardar un año,
porque se marcha á su pueblo
dentro de una hora.»—«¡Rayos
y centellas!» Mire usté,
estuve si me desmayo
al oírlo; pero luego
me repongo, me levanto,
cojo una botella de agua,
y por poco se la estampo.
Salgo á escape, tomo un coche,
llego, cierran el despacho,
me voy á la ventanilla,
la rompo de un puñetazo,
me dan billete, y al coche
cuando el tren salía andando.

GREG. ¡Demonio!

CARMEN. Yo soy así.
Primero me lleva el diablo
que consentir que un silbante
me haga un feo.

GREG. Sin embargo,
no sé por qué viene usted
persiguiendo á ese muchacho.

CARMEN. A pedir satisfaiciones.
Pues ¿qué? ¿Soy algún guiñapo?
¡Vaya el hombre!

GREG. Pues, señora,
siento mucho confesarlo;
pero soy su padre.

CARMEN. ¿Sí?

(*Se levantan. Pausa durante la cual se miran como desafiándose.*)

¡Vaya! ¡Pues me alegro tanto!
Venga la satisfaición,
ó voy á armar el escándalo.

GREG. Como usted comprenderá,
creo lo más acertado
que se vaya usté á la calle
mientras yo la *satisfaigo.*

CARMEN. ¡Ah! ¿No me dice usté nada?

GREG. Nada.

CARMEN. Bueno; pues me marcho,
sí señor; pero conmigo
no juega ningún cristiano.
Me quejaré á la justicia,
y armaré bronca, si es caso.

GREG. Bien; arme usté lo que quiera.

CARMEN. A ver quién sale ganando.

GREG. Corriente.

CARMEN. (*Después de medio mutis.*)
He sido criada
en la calle del Amparo.

GREG. Para mayor ignominia,
ya lo sé.

CARMEN. Conque... me largo;
pero pronto nos veremos.

GREG. Pues hasta que nos veamos.

(*Vase* CARMEN; *y* GREGORIO, *después de una pausa, dice, llamándola:*)

¡Chist!... Oiga usté... Ya se fué.
¡Y lo dirá en el mesón
y habrá escándalo!... Tendré
que darla satisfaición. (*Vase segunda izquierda.*)

ESCENA VII

AMALIA *y* FELIPE *foro*

AMALIA. Aquí estaba esa mujer
que preguntaba por ti.

FELIPE. Pues, hija, ya no está aquí.
¿Quién demonios podrá ser?
AMALIA. Eso digo: ¿quién será?
Ella es así... frescachona...
tiene trazas de patrona...
FELIPE. (Pues no es doña Rita... ¡quiá!
bien pudiera ser Amparo...
pero la Amparo no viene;
la pobrecita no tiene
el suficiente descaro.
¿Será Carmen? Esa, sí.
¡Nada! Como si lo viera;
es la maldita fresquera.)
¿Cómo preguntó por mí?
AMALIA. «¿Está el señorito en casa?»
FELIPE. ¡Justo! Ya está averiguado.
(Ella siempre me ha llamado
el *señorito*, por guasa.)
¿Y ha visto á mi padre?
AMALIA. ¡Toma!
Si es él quien la ha recibido.
FELIPE. (¡Ah diablo!) Pues eso ha sido
lo más grave de la broma.
Me va á romper la cabeza.
¡Yo que le he dicho hace un rato
que solamente me trato
con gente de la grandeza!
Vaya; de estas apreturas
ya no salgo, no señor.
Esto es bastante peor
que aprobar asignaturas.
¿Dónde diablos se habrá ido?
AMALIA. Supongo que á la posada.
FELIPE. (Pues hay que hacer algo. Nada;
voy á ver si la despido.)
AMALIA. ¿Qué es eso? ¿Te vas ahora?
FELIPE. A evitar que vuelva aquí.
AMALIA. ¿Sabes ya quién era?
FELIPE. Sí;
era ¡pues!... una... señora.
AMALIA. ¿Conque no es lo que parece?

FELIPE. ¡Cá! ¿Sabes tú quién es esa?
Una señora... Condesa
con trece millones.

AMALIA. ¡Trece!
¿Y cómo ha venido?

FELIPE. ¡Bah!
Tú no entiendes de estas cosas.
Hay mujeres caprichosas...
y yo tengo suerte.

AMALIA. ¡Ya!

FELIPE. ¡Pues! (Que sigan los camelos.)
¡La pobre me quiere tanto!...
Y como no soy un santo,
está rabiando de celos.
No la dije que venía,
y me escapé de su lado,
y la infeliz se ha vengado
haciendo esa tontería.
¡Claro que no la ha de hacer
diciendo cómo se llama!
Tal torpeza en una dama
como ella, no puede ser.
Por eso se disfrazó,
y al fingir se habrá lucido.
¿A que tú no has conocido
que era una Condesa?

AMALIA. No.

FELIPE. ¿Ves? Pero me da vergüenza
que eche el título á perder
por mi causa. Voy á ver.
Es fácil que la convenza.

ESCENA VIII

AMALIA. *Luego* GREGORIO.

AMALIA. ¡Una Condesa! ¡Señor!
¡Quién lo había de decir!
¡Y qué bien sabe fingir!
¡No se puede hacer mejor!

¡Las Condesas hacen viajes
y tras los chicos se van!
¡Válgame Dios! ¡Cómo están
en Madrid los personajes! (*Sale* D. GREGORIO.)

GREG. Dí á tu hermano que he salido,
porque he tenido que hacer.
Que no sepa que ha venido
á buscarle una mujer,
¿oyes?

AMALIA. No; si ya lo sabe
y se ha marchado.

GREG. ¿Sí, eh?

AMALIA. Sí, señor; y lo más grave
es lo que no sabe usté.

GREG. ¿Que se han encontrado?

AMALIA. No;
es decir... acaso ahora...

GREG. Pues ¿qué es?

AMALIA. Que nos engañó
hace poco esa señora.
No es lo que parece.

GREG. ¡Ah!
Me lo había figurado.
Esa es la patrona.

AMALIA. ¡Ca!
Piense usted.

GREG. Ya lo he pensado
y no acierto....

AMALIA. A mí también
me ha cogido de sorpresa.

GREG. Pues acaba, dime quien...

AMALIA. ¡Pásmese usté! ¡Una Condesa!

GREG. ¡Hombre! ¡Una Condesa!

AMALIA. ¡Vaya!
De incógnito.

GREG. Por supuesto.
¡Esto pasa de la raya!
¡No se puede aguantar esto!
Y vendrá loca de amor
por él, como si lo viera.

AMALIA. Eso ha dicho; sí, señor.

GREG. ¡Infeliz! ¡Qué más quisiera!
AMALIA. ¿Qué? ¿Es mentira?
GREG. ¿Si es mentira?
Pues ¿qué ha de ser, criatura?
Para que te enteres, mira:
cualquier joven se figura
que al ir á la corte, acaso
se le rifen las hermosas,
porque hay allí á cada paso
aventuras amorosas,
y se cuentan historietas,
y se relatan excesos
de encopetadas coquetas
y estudiantillos traviesos.
Pero ninguna es verdad;
lo inventan los fanfarrones
con mucha facilidad
en el pueblo, en vacaciones.
Conque si viene con esas,
puedes decirle á tu hermano
que él no tiene las Princesas
en la palma de la mano.
Supongo que no querrá
hacer conmigo el papel;
y como se empeñe, ya
veremos. (*Sale* FELIPE *foro.*)
AMALIA. Aquí está él. (*Vase.*)

ESCENA IX

GREGORIO *y* FELIPE

GREG. ¡Hola! ¿Eres tú?
FELIPE. Sí, señor.
GREG. (¿De dónde vendrá este maula?)
¿Has hallado á esa señora?
FELIPE. Sí, señor; en la posada.
GREG. ¿Habréis tenido un disgusto?
FELIPE. Al contrario: es una malva.
GREG. Mira, pues lo disimula

bastante. Sé por tu hermana
que es una Condesa.

FELIPE. Sí;
por parte de padre.

GREG. ¡Vaya!
Me alegro mucho. Pero, hombre,
¿y no se te cae la cara
de vergüenza al engañar
de esa manera á una dama
de su linaje?

FELIPE. Perdón,
padre; pero ella es la causa
de que yo gaste el dinero
y no estudie una palabra...
más que lo justo y preciso
para aprobar...

GREG. Basta, basta.
Tú comprendes tus deberes,
y quieres sacrificarla.
Bien hecho... hasta cierto punto.
Yo sólo siento que se haya
incomodado conmigo
por echarla de esta casa...
Pero, ¡ay, hijo! Como imita
tan bien á la gente baja...

FELIPE. No; si ella no se resiente.

GREG. Y, vamos, ¿qué has hecho?

FELIPE. Nada;
he podido convencerla
de que su acción temeraria
puede traerla disgustos
con toda la aristocracia,
porque acaso se averigüe...
y que es mejor que se vaya.

GREG. Más vale así.

FELIPE. De manera,
que en el primer tren se marcha.

ESCENA X

Dichos, AMALIA *y* CARMEN.

AMALIA. La *señá* Condesa.
FELIPE. ¡Cómo!...
GREG. ¡Oh! ¡Señora!
FELIPE. (*Aparte á* CARMEN.) ¿Quién te manda venir?
CARMEN. Ustedes dispensen. (*Vase* AMALIA *por la primera puerta de la derecha.*)
GREG. No hay de qué.
CARMEN. Las circunstancias...
GREG. ¡Es claro!
FELIPE. (*A* CARMEN.) (¿Por qué haces esto?)
CARMEN. (¡Pues... porque me da la gana!)
(GREGORIO *y* CARMEN *se sientan á alguna distancia.* FELIPE *queda paseando, durante toda la escena, en segundo término. Al hablar, se acerca á su interlocutora.*)
Mire usted; yo dije... digo...
por si ese señor se enfada
por la pelotera de antes,
no estará de más que vaya
á despedirme; ¿está usté?
GREG. Y yo agradezco en el alma
esta distinción.
CARMEN. Y luego,
porque hay personas simpáticas...
¡Y que no tiene que ver
que una se dé de palabras
por cualquier cosa!...
GREG. ¡Pues claro!
CARMEN. Pa que después no haya nada.
FELIPE. (¡Lo está arreglando la niña!)
GREG. (Se ve que es de buena casa.)
FELIPE. Pero, señora, por Dios...
Fíjese usted en que basta
de fingimientos. Mi padre
ha sabido con quién trata.

CARMEN. ¡Ay! Es verdad.
GREG. (Buen capote.)
CARMEN. Dispense; no me acordaba.
A fuerza de hacer de chula
se me va pegando el habla.
GREG. Es verdad; todo se pega.
A mí me pesa que traiga
algún perjuicio este paso,
y sea mi hijo la causa.
CARMEN. No; si él no tiene la culpa
de todo lo que me pasa.
Es este maldito genio.
Pero estoy más abroncada...
GREG. ¿Abroncada?
CARMEN. Sí, señor.
GREG. ¿Y qué es eso?
FELIPE. Una palabra
chulesca. Se ha equivocado.
GREG. Sin duda. (¡Buen par de alhajas!)
FELIPE. Quiere decir aturdida.
CARMEN. ¡Mire usté que tiene gracia!
¡Aturdirme yo! ¿Y por qué?
Porque me ocurrió la mala
tentación de enamorarme
igual que una colegiala...
¡Yo, que tengo á todas horas
proporciones!
GREG. ¿Sí? (¡Qué lástima!)
CARMEN. Ya ve usté; mi posición...
y mis rentas...
GREG. Y su cara.
CARMEN. Favor que usté me hace. Bueno;
pues cuando salgo de casa
y voy á las reuniones,
ó al Real, ó á Price, ó á Eslava...
FELIPE. (¡Aprieta!)
CARMEN. Siempre hay alguno
de la grandeza que me habla.
GREG. Lo creo.
CARMEN. Y yo, siempre firme,
no hago caso. No me llaman

la atención los personajes.
FELIPE. (Date tono, Nicolasa.)
GREG. Bien hecho.
CARMEN. Y ahí tiene usté
lo que son las cosas raras:
he venido á hacer locuras
por un cualquiera.
GREG. ¡Caramba!
No tanto; mi chico vale.
CARMEN. Yo no digo que no valga;
pero hay clases.
GREG. ¡Vaya! Hay clases
que venden fresco en la plaza.
CARMEN. (¿A que la armamos?)
GREG. Lo malo
es que hay *verduleras* guapas
que engatusan á los mozos
de buena familia, y...
FELIPE. (¡Vaya!
Mi padre está en el secreto.
Me va á zurrar la badana.)
GREG. Yo, al mío, le he prohibido
que las trate, y no las trata.
CARMEN. Yo he tenido hasta hace poco
de doncella á una muchacha,
que es de lo mejor que ha visto
la plaza de la Cebada.
¿Usted sabe qué quimeras
y qué belenes armaba
con los lacayos?
FELIPE. (¡Lacayos!)
CARMEN. ¡Toma! Que tuve que echarla.
Es cosa que no resisto
la gente mal educada.
La llevé el año pasado,
cuando salí á tomar aguas,
¡y si usté viera qué cosas!...
GREG. ¿Usted veranea?
FELIPE. ¡Anda!
ya lo creo.
CARMEN. En Valdemoro.

GREG. ¿Sí, eh?
CARMEN. Tengo allí una hermana.
FELIPE. El que dice la Condesa
es Valdemoro de Francia;
plaza fuerte, junto á Nimes.
GREG. No conocía esa plaza.
CARMEN. No es extraño; es chiquitita,
¿sabe usté?
FELIPE. No está en el mapa.
(*Hablan bajo* CARMEN *y* FELIPE.)
GREG. (¡Esta mujer es un diablo
colorado! ¡Cuanta audacia!
Y el chico... ¡bueno está el chico!
¿Qué se dirán en voz baja?
No; pues él no se figura,
ni por pienso, que me engaña,
y debe tener un miedo
de que yo le rompa el alma...
Yo necesito saber
qué plan es el que se traza,
qué son estas relaciones
y cómo es que el chico gasta...)
Señora... Señora.
CARMEN. ¿Eh?
GREG. Antes de que usted se vaya,
comerá usted con nosotros.
FELIPE. (No aceptes.) (*A* CARMEN.)
CARMEN. De buena gana,
sí, señor.
GREG. Y si usted quiere,
voy á enseñarla mi casa,
que es suya.
CARMEN. Está en buenas manos.
GREG. No hay por qué darme las gracias.
Pienso pagar la visita
en su palacio.
FELIPE. (¡Ya escampa!) (GREGORIO *ofrece el brazo á* CARMEN, *que lo acepta.*)
GREG. (¡Ahora, á solas, ya veremos
si hago que cante la pájara!)
(*Vanse primera derecha.*)

ESCENA XI

FELIPE. *Luego* AMALIA

FELIPE. Que Dios te cierre la boca,
para que no te desates.
¡Jesús! ¡Cuántos disparates
le va á decir esa loca!
Por más que lo sabe ya
mi padre perfectamente,
quiere hacerse el inocente;
pero á mí no me la da.
¿Qué idea tiene? No sé.
Me escaman esas preguntas.
Las pagaré todas juntas;
¡vaya si las pagaré!
Me tiene inquieto esa calma.
Preferible hubiera sido
que me hubiera reprendido
fuerte y hablándome al alma,
porque esa tranquilidad
es peor, mucho peor.
(*Sale* AMALIA *primera derecha, con bandejas, platos y manteles, etc.*)
¿Dónde vas?
AMALIA. Al comedor.
FELIPE. ¿Se queda aquí de verdad?
AMALIA. ¡Ya lo creo que se queda! (*Vase foro.*)
FELIPE. Eso sí que no me atrevo
á tolerarlo. Yo debo
evitarlo como pueda.
(AMALIA *cruza la escena desde el foro á la puerta primera de la derecha.*)
Lo que es si se extralimita
comiendo, la tiro un plato
á la cabeza y la mato,
y se acaba la bromita.
(AMALIA *vuelve á salir con servilleta y una cestita que contiene un besugo.*)

¿Otra vez?

AMALIA. Sí: voy ahora
á la cocina á mandar
que prepare esto Pilar.
Hoy, gracias á esa señora,
es decir, gracias á ti,
tenemos extraordinario.
Yo creo que es necesario
quedar bien.

FELIPE Claro que sí.
(Pues, señor, á lo hecho, pecho.
¿Que sigue el belén? Pues siga.)

ESCENA XII

Dichos CARMEN, GREGORIO *en el foro.*

GREG. (No consigo que me diga
ni una letra de provecho.)

FELIPE. (Mi padre me pega un palo
si es que no me pega dos.)
(AMALIA *va á salir por el foro, cuya puerta interceptan los recién llegados, y después de un momento de vacilación, dice á* CARMEN:)

AMALIA. ¿Me permite usté?

CARMEN. (*Fijándose en la cesta, y sin poderse contener.*)
¡Ay qué Dios!
Ese besugo está malo.

FELIPE. (¡Atiza! Se me figura
que ya lo ha echado á perder.)

CARMEN. ¿En qué lo he de conocer?
En el olor, criatura.

GREG. ¿Conque en el olor?

FELIPE. ¡Señora!
(*Aparte á* CARMEN.)
(Que vas á enseñar la hilaza.)

CARMEN. Sí, señor.

GREG. ¿Van á la plaza
las Condesitas de ahora?

FELIPE Eso no es una razón.

CARMEN. Es que yo, además, lo sé
por la agalla... Vea usté:
pintada de almazarrón.

GREG. Basta; no diga usté más,
que va á parecer de veras
que trata usté con fresqueras.

FELIPE. (Anda: tú te arreglarás.)

CARMEN. (Vaya si me arreglaré.)
(*A* GREGORIO.) Y si lo parece ¡pata!
Me va usté dando la lata,
y estoy hasta aquí.

GREG. ¿Sí, eh?

CARMEN. Y ya no hay más fingimiento,
y lo hecho todo á barato,
que si hablo en *fisno* otro rato,
de seguro que reviento.
¿Se va usté enterando?

GREG. Sí.

CARMEN. Pues ya se acabó la broma.
Si lo quiere usté lo toma,
y si no ¡venga de ahí!
Yo soy pescadera ¡pues!
muy decente, sí, señor;
la pescadera mejor
del barrio de Lavapiés.
Y su chiquillo es un tuno
que se me ha escapado aquí
por pegármela, y á mí
no me la pega ninguno.

GREG. Ni á mí tampoco, ¿está usté?
Porque he sido cocinero...

CARMEN. De la clase baja ¿eh?
¡Y presume el caballero!

GREG. Cocinero, sí, señora,
antes que fraile. He fingido,
porque me he propuesto ahora
confundir á este perdido.
Pero ya me voy cargando
de enredos y algarabías,
y vuelvo á tomar el mando
y no quiero tonterías.

Conque... señora Condesa:
á vender fresco otra vez,
que es lo que más la interesa,
y yo arreglaré á este pez.

CARMEN. ¿Me echa usté?

GREG. No; la despido.

CARMEN. ¿Y no me defiendes? (*A* FELIPE.)

FELIPE. Yo...

CARMEN. ¡Después que me has seducido!

FELIPE. No, padre; eso sí que no.

CARMEN. Por supuesto, que todo esto
pasa por venir aquí
sola y débil.

GREG. Por supuesto.

CARMEN. Pero no se queda así;
no lo dejo de la mano.
Ahora me voy... porque quiero;
pero vendré con mi hermano,
el que está en el Matadero,
que es un león, mayormente,
y si tira de navaja
no hay quien se le ponga enfrente,
y al que se pone, lo raja;
y se verá usté con él.

GREG. Bueno, bueno.

CARMEN. Sí, señor.
Y perderá usté la piel,
y quedará usté peor...

GREG. ¿Sí, eh? Pues yo no la pierdo
por ninguna circunstancia.

CARMEN. ¿Por qué?

GREG. Porque es un recuerdo
que conservo de la infancia.
Conque haga usted el favor
de largarse.

CARMEN. Hasta después.
(*Medio mutis.*)
He nacido en Lavapiés.

GREG. Yo no he tenido ese honor.

FELIPE. ¿Voy á acompañarla?

GREG. ¡Quita!

FELIPE. La cortesía...
GREG. ¡Ah, tunante!
No es preciso ser galante,
que ya sabe andar solita.
CARMEN. ¡Pues me gusta la crianza!
GREG. Dispénsele usted, señora;
pero el chico, desde ahora,
se dedica á la labranza.
La anatomía le pesa
y su gusto es lo primero...
¡Y no está bien que un obrero
acompañe á una Condesa!
CARMEN. Pues déjalo, si no puedes;
yo te dispenso por hoy.
Me voy... digo, no me voy
si no me aplauden ustedes.

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas; de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo; de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol; de D. M. Murillo, calle de Alcalá; de D. Manuel Rosado y de los Sres. Córdoba y Compañía, Puerta del Sol; de D. Saturnino Calleja, calle de la Paz, y de los Sres. Simón y Compañía, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO

Francia: Librería española de E. Denné, 15, rue Monsigni, *París*.—Portugal: D. Juan M. Valle, Praça de D. Pedro, *Lisboa*, y D. Joaquín Duarte de Mattos Junior, rua de Bomjardin, *Porto*.—Italia: Cav G. Lamperti. Vía Ugo Fóscolo. 5, *Milan*.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

MADRID, 1886.—IMPRENTA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16, duplicado.